

EL AMOR A LA VERDAD¹

María-Milagros Rivera Garretas
Universitat de Barcelona

A lo largo de todos los años de relación de amistad que he tenido con Cristina Dupláu, he atesorado como un referente importante para mí su amor a la verdad. El amor a la verdad ha sido -yo pienso- su gran libertad, una libertad que ella puso en juego en las relaciones vivas y también en la escritura.

Antes de 1991, antes de caer enferma, gravemente enferma, su amor a la verdad lo manifestaba con cierta osadía; incluso, a veces, con brusquedad, como en militancia de la verdad. Después de esa experiencia crítica, su amor a la verdad se llenó de piedad, de una piedad exquisita, y fue amor sin más. Y así lo refleja su escritura.

Tal vez la militancia se transformó en amor cuando ella aceptó su destino único: del funeral de Cristina en enero pasado me han quedado en el recuerdo las palabras de Fernando cuando dijo que, a pesar del cáncer, muchos de los últimos diez años habían sido años de intensa felicidad para los dos; y que la felicidad se abrió paso cuando consiguieron dejar de preguntarse “¿por qué me toca esto a mí? a mí que ni fumo ni bebo, que hago una vida sana y trabajo en lo que me gusta,” y pasaron a decirse “¿y por qué no a mí, por qué no iba a tocarme esto a mí?” sin más.

Cuando se da en Cristina esta revolución simbólica, la escritura nace en ella y escribe libros, además de artículos. Escribe los dos libros que nos ha dejado, *La voz testimonial en Montserrat Roig* (1996) y *Memoria sí, venganza no en Josefina Aldecoa* (2001)². Su relación con la expresión de la verdad -o sea, con el testimonio, que fue su preocupación principal siempre- cambió entonces, y pienso que puedo decir que se dio en ella la transformación de la que habla Emily Dickinson en el poema 1129, que dice:

Di toda la verdad pero dila sesgada –
el éxito reside en el Rodeo,
es demasiado brillante para nuestro enfermizo Deleite
la soberbia sorpresa de la Verdad.

Como se facilita el Relámpago a los Niños
con una explicación amable,
la Verdad debe deslumbrar poco a poco
o quedarán ciegos todos los hombres.

(Traducción de Ana Mañeru Méndez)

¹ Este texto se leyó durante el homenaje que el Centre Dona i Literatura de la Universitat de Barcelona dedicó a la profesora y amiga Cristina Dupláu el 18 de diciembre de 2001. En el homenaje participaron también las profesoras Nora Catelli e Iris Zavala.

² Los dos los ha publicado en Barcelona Icaria Editorial.

Pienso que este proceso de transformación de su escritura lo hizo posible el padecimiento. Padecimiento que es distinto del sufrimiento: es distinto, porque el padecimiento puede incluir el sufrimiento y puede no incluirlo; como el sufrimiento puede ser mucho en una vida, sin incluir el padecimiento. Me refiero al padecer en su sentido casi literal, en el sentido de dejar que algo sobrenado pase por el propio cuerpo. En el padecer, en el dejar y dejarse, se manifiesta muchas veces el destino único que a una o a uno le ha correspondido por azar o por gracia. El padecimiento puede ser, entonces, mediación.

Yo le recuerdo a Cristina, a finales de los años ochenta, en los jardines del *Centre d'Investigació Històrica de la Dona*, que estaba entonces en la calle Brusí, contándome que había destruido su tesis doctoral porque ya no le gustaba y había decidido no publicarla. Y dejándome de piedra. En cambio, después del 91, su escritura ya no volvió a sentirla como desechable. En sus estudios del testimonio y de la memoria puso ya entonces siempre la materia viva de su experiencia en la enfermedad: a la enfermedad le llamaban en la Europa latina *passio*, o sea pasión, padecimiento.

Además, al tratar del padecimiento y del testimonio, Cristina tendría ya siempre en cuenta su diferencia de ser mujer. Al hacerlo, se colocó en una genealogía antigua y rica. Una genealogía de la que es un ejemplo el primer texto autobiográfico conservado en lengua castellana: o sea, las *Memorias* de Leonor López de Córdoba, redactadas en los primerísimos años del siglo XV. Al comenzarlas, Leonor López de Córdoba dice:

Sepan, pues, quienes vean este escrito que yo, doña Leonor López de Córdoba, hija de mi señor el maestre don Martín López de Córdoba y de doña Sancha Carrillo, a quien Dios dé la gloria del paraíso, juro por este signo de la cruz que yo adoro, que todo lo que está escrito aquí es verdad que lo vi y que me pasó. Y lo he escrito en honra y alabanza de mi Señor Jesucristo y de la Virgen Santa María, su madre que lo parió, para que todas las criaturas que sufran tribulaciones estén seguras de que yo espero de su misericordia que, si se enoñendan de corazón a la Virgen Santa María, Ella las consolará y socorrerá como me consoló a mí; y para que quien lo oiga sepa la historia de todos mis hechos, y de los milagros que la Virgen Santa María me mostró. Y es mi intención que quede en la memoria. Y lo mandé escribir en la forma en que lo veis.³

Su primer libro publicado, el dedicado a Montserrat Roig, ha sido una lectura favorita en mi grupo de la asignatura *Tendencias historiográficas actuales* durante los últimos cuatro años. En cada curso se han hecho varias exposiciones orales voluntarias partiendo de esta obra. El tema más veces escogido ha sido el Holocausto; luego, la ciudad de Barcelona, la Barcelona evocada literariamente muchas veces como mujer y como madre. En este curso hemos pasado a leer *Memoria sí, venganza no*.

Pienso que es el talento que tenía Cristina para poner en diálogo sus dos especialidades, la literatura y la historia, traspasando fronteras, lo que hace de sus libros lecturas favoritas en la universidad. Ni siquiera su libertad de citar en las lenguas originales de los textos -el catalán o el inglés- han recibido nunca en clase comentarios hostiles.

A mí me parece que los dos libros -los que pudo escribir de la trilogía que tenía pensada y que incluía como tercero uno dedicado a Jorge Semprún- trazan un itinerario interpretativo de la política de la memoria propia de nuestro tiempo. En *La voz testimonial*, el protagonismo es de la lucha y el esfuerzo para dejar dicho, para dejar testimonio de hechos fundamentales acaecidos en el siglo XX, que han quedado excluidos de la historia oficial, fueran torturas y asesinatos o prácticas cotidianas de paz que hacemos las mujeres

todos los días. La política de la memoria la orienta aquí principalmente la ética, el partir de sí para expresarse, el dejar dicho para que los hechos terribles de los que se da cuenta no vuelvan a suceder. En *Memoria sí, venganza no*, la política de la memoria es distinta. Hay toma de conciencia de que la denuncia por sí sola no basta, de que la gente viva necesitamos hacer simbólico, esperamos de la escritora invenciones simbólicas concretas para que la atrocidad no vuelva a producirse, además de la denuncia del horror. Como han ido haciendo en Argentina las madres de la Plaza de Mayo. Hay aquí partir de sí para relacionarse con quienes ya no vivieron el horror pero forman parte de la misma historia.

Por eso, la manera de teorizar y aplicar Cristina la distinción entre memoria colectiva y memoria histórica a la guerra civil española me parece especialmente importante para el presente. El libro no dice lo que hay que hacer sino que mueve a cada lector y lectora a darse cuenta de que la memoria humana es una fuente de sentido que nos desborda; que no se deja domar ni por quienes se aferran al recuerdo ni por quienes pretenden olvidar demasiado deprisa. En otras palabras, Cristina enseña que *el éxito reside en el rodeo*, en la mediación descubierta.

³ Leonor López de Córdoba, *Memorias*, texto y traducción en María-Milagros Rivera Garretas, *Nobles y burguesas que escriben (1400-1562)*, en Anna Caballé, ed., *La vida escrita por las mujeres*, vol. 1: *Por mi alma os digo*. Barcelona. Circulo de Lectores, 2002.